

Si bien acompañaba cuando pequeño a las mujeres que salían a mariscar y las ayudaba en esas tareas, Héctor Herrera - quien ahora expone en la Sala Lessing del Instituto Chileno-Alemán de Cultura - tuvo finalmente un buen pasar gracias a su empuje y talento. Aunque él no cree en "ese gran talento que los demás insisten en decir que tengo", que lo hay está claro, de otro modo no habría llegado a exponer a Washington a París a Londres y a tantas otras ciudades del mundo y no se habrían interesado por sus obras artistas y personalidades como Pablo Neruda, Nemesio Antúnez, Enrique Zañartu, Picasso, Rafael Alberti, Fidel Castro, Nicolás Guillén, Oscar Niemeyer, Fernando Léger y tantos otros que se rindieron a la fascinación de su arte. Pero él sólo siente la tranquilidad y satisfacción de haber podido educar "gracias a mis pájaros solamente" a sus cuatro hijos - tres ingenieros y un profesor - a los que nunca estimuló por el arte "porque no quería una vida difícil para ellos..."

Nació en 1926 en Tomé, pero se siente santiaguino. "Y más que santiaguino, un tipo universal". Le gusta Santiago: "No puedo estar mucho tiempo lejos de la capital, porque me tira. Es que conozco todos sus rincones, allá tengo a mi familia, y es una ciudad tan hermosa, a pesar del esmog". Abuelo de seis nietos, luce joven y derrocha vitalidad y mucho entusiasmo por hacer cosas. "Mi trabajo es duro, pero eso mantiene joven, creo yo, para luchar. Y no me refiero a la lucha por la vida o por alimentarse, sino a la lucha por las cosas del espíritu, que es la verdadera, y una lucha hermosa. Además, yo soy tan feliz con poco..." Aunque agrega de inmediato que feliz en cierto modo solamente, "porque cuando uno sabe que la gente muere de hambre en Biafra y escucha de tanto horror en el mundo, no vamos a decir que a uno no le hierve la sangre de rabia contra sus semejantes...!"

Hasta que un día...

Tenía catorce años cuando falleció su madre y apenas la sepultaron el padrastro los echó de la casa a él, que tenía entonces 14 años, y su hermana de 16. Ella se casó y él salió a enfrentar la vida solo y sin otro estímulo que el deseo de salir adelante. Fue mozo en hoteles, ayudante de zapatero, obrero de la construcción, taló árboles, hizo de todo. Cuando podía, dibujaba. Al cumplir 15 años se trasladó a Santiago y siguió desempeñándose en mil oficios. Al cabo de dos años regresó a Tomé y cuenta que se venía a pie a trabajar a Concepción. Un día ingresó de acólito a la Iglesia Parroquial de Tomé. Estuvo dos años allí, hasta que al sacerdote del lugar lo trasladaron a Santiago y lo llevó. El religioso quiso ayudarlo y le propuso abrir un criadero de aves, pero como los dos no entendían mucho del ramo, quebraron. Se separó entonces del sacerdote. Seguía pintando. Buscó pieza para arrendar y quiso la casualidad que llegara a casa de la familia Hermanssen donde conoció a Emilio (hermano de Blanchette, la bailarina), hijo de la casa que pintaba y con quien llegó finalmente a un taller de estampados donde también colaboraban Nemesio Antúnez y otros artistas que fue conociendo y con los que trabó amistad.

Conocer a Emilio Hermanssen fue para él fundamental. Lo veía pintando junto a una ventana y un día se le acercó para preguntarle qué hacía. "Pinto, me respondió. Entonces le pregunté qué había que hacer para aprender a pintar. Contestó que dibujar mucho



Héctor Herrera cuando recuerda sus comienzos difíciles no puede dejar de reír por lo increíbles e insólitos que ahora le parecen.

Artista auténtico

¡Hay que ser Héctor Herrera a secas!

● **Vivió la pobreza en Tomé, donde nació y donde un día salió a recorrer el mundo a los 15 años con apenas cinco pesos en la mano. El destino lo puso en un momento muy cerca de una iniciativa económica que, de haberla aceptado, lo habría convertido "en un tipo millonario". No quiso. O no se atrevió. "Porque, no sé, el chileno como que no tiene fe en sí mismo". Y no se arrepiente de esa decisión. "Habría dejado de expresar todo lo que he ido dejando en mis obras". Y eso le parece mucho más importante a este artista que se codeó con los más conspicuos personajes del arte y la intelectualidad chilena, sin que se le subieran los humos a la cabeza..**

hasta soltar la mano y leer mucho, cultivarse, usar la inteligencia, escuchar buena música... Hay que trabajar mucho, resumió." Enterado ya de que Héctor Herrera lo único que quería era pintar también, lo comenzó a estimular. Corregía sus trabajos, "cerros de papeles que yo dibujaba y pintaba...". Él se los criticaba y tenía que comenzar de nuevo. "Destruía casi todo lo que yo hacía. Estuvimos en eso unos dos o tres años, sin que me dijera nada, sólo me indicaba lo que estaba malo, lo que no le parecía, pero no me enseñaba cómo había que hacer las cosas. Solo fui aprendiendo. Hasta que un día se detuvo ante una hoja y me dijo, te la compro. Cómo, maestro, le respondí, si estoy aprendiendo nomás. No, pero esto es muy bueno, y es tu trabajo. Además, necesitas dinero. Yo te la quiero comprar. Y me la compró. Fue la primera obra que vendí en mi vida. Y él me aseguró que yo no sería obrero por mucho tiempo más porque tenía mucho talento y que mi vida iría a cambiar a partir de entonces. Tú no sabes el talento que tienes, me dijo, y me llevó al taller de estampados textiles donde colaboraba él. Allí aprendí la técnica de la anilina. Nunca seguí escuela alguna ni me enseñaron nada. Aprendía solo."

No creía en su talento

Entonces se enamoró de Berta Sepúlveda, "mi mujer de siempre, una gran mujer, siempre me impulsaba". Y se casó. Antes se vino a Tomé a vender algunas de las pinturas que había reunido, "porque necesitaba dinero". Renun-

ció al taller y comenzó a arreglárselas solo. Fue difícil, pero salió adelante con pañuelos que le comenzaron a comprar Neruda, Antúnez y otros artistas que lo querían conocer, arquitectos y personas que creyeron en su arte, valoraban su talento y querían adquirir sus obras. "La gente le buscaba para su cumpleaños. "Menos mal no se me fueron los humos a la cabeza." ¿Y por qué no creía en su talento? ¿Por qué tanta humildad?... "Es que es cuestión de nacimiento, creo yo. Porque nació así pues."

La primera exposición de su vida la presentó en la Galería el Sótano de Concepción. Fue el año 1950. Desde entonces ya no paró más y hacía de tres a cuatro exposiciones al año, participaba en ferias y concursos, dentro y fuera del país. Cuando conoció al agregado cultural de la Embajada de Estados Unidos, éste maravillado le consiguió una beca para Estados Unidos. Allá expuso en Washington. "Fue como un sueño. Conocí museos y cuando llegué a ellos comprendí que en realidad yo no sabía nada de arte. Sin embargo, el director del Museo de Arte y Espacio de Washington dijo que yo era de los cinco mejores en la pintura en género -la técnica que yo hacía- en el mundo. Celebraban mi talento y el cuento es que cuando exponía vendía todo. Allí me propusieron después abrir una industria de tapices a mano en Santiago, pero no quise. Habría ganado mucha plata y podría haber sido un tipo millonario tal vez, pero yo no soy para eso. Y no me arrepentí nunca por no haber entrado en el negocio. Por el contrario. Yo me conformo con poco y soy feliz así".



Una de las coloridas pinturas de luminosos motivos que ha traído el artista a la Sala Lessing del Instituto Chileno-Alemán de Cultura donde expone en estos momentos.

La alegría de rayar

De su infancia guarda gratos recuerdos que matizan las muchas pellejerías que vivió. "Tomé es un lugar paradisíaco por su paisaje y su gente. Es un lugar único. Siempre me emocionaron sus bosques, la naturaleza." ¿Y el motivo recurrente de sus pinturas, el pájaro, de dónde nació? Cuenta que se le ocurrió una vez y como a los amigos les gustó, siguió aplicando su creatividad en lo mismo. "Pero nunca hago dos pájaros iguales". Teme de pronto repetirse, "porque es tanta la alegría de rayar y poner colores y plumas, la alegría de aspirar a la bella curva, a tantas imágenes que a uno se le ocurren, buscando curvas y más curvas, porque el pájaro es pura curva, y son curvas muy bellas que están en un equilibrio asombroso..." Goza con ello y con observar el mar y mirar lo que allí se da. "Y al ver toda esa maravilla que uno encuentra donde mire es como para creer en Dios aun sin ser muy creyente. Se sabe que hay algo superior que ha creado este mundo tan hermoso. No darse cuenta de eso es como negarse a sí mismo."

Se considera producto de dos mundos: "Me formé leyendo mucho, aprendiendo solo, mirando mis raíces. Pero no soy un artista popular porque si lo fuera estaría haciendo cosas sin gusto o a medio hacer. Aquí hubo empeño por refinar el gusto y la mirada, el estudio, la búsqueda, la búsqueda de la belleza, la búsqueda de la vida. Yo había convertido en impulso creador para pinturas que también expuso en Concepción?... "Eso lo hago para entretenerme solamente. Es echar a volar el alma, salirse de lo que uno mismo es, y resultan cosas que uno ni sospecha. El sentimiento puro y abstracto se manifiesta ahí en líneas y colores que si alguien los analiza podría descubrir quién sabe qué... Como lo hacía Freud pues, que comenzó con todo eso."

Imágenes que conserva de la infancia son muchas, como sus andanzas por los cerros buscando leña y cortando copihues. "Ahí en la naturaleza están mis fuentes, está la raíz de mis pinturas, de pájaros, flores, peces, mariposas... Ahí está todo. También en el mar. Conozco la entrega del mar. La he tocado. Pero uno crea sus propios peces inspirado en la naturaleza. Las cosas están hechas. El artista lo que hace es poner la salsa. Uno no es una máquina fotográfica. Lo más importante, pienso, como artista es ser honrado y hacer lo que uno es capaz de hacer. Nada de ser un Herrera medio picassiano o medio otra cosa. Hay que ser Héctor Herrera a secas nomás y punto. Ser uno mismo y sentir lo que hace. ¡Si cada pintura es una aparición que cuesta dolores hacer".